

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Fantasia*, poesia, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*El Velo blanco*, (conclusion), por Mme. de Boisgontier.—*Preferencias de un padre*, por doña María Mendoza de Vives.—*Crónica de París*, por don Jerónimo Lafuente.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Esplícacion y aplicacion del figurin*, por Pamela. Con este número se reparte un figurin y el pliego catorce del tomo quinto de la *Galería de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXX.

CAMILO A OCTAVIO.

Urrea, junio de 18...

Mi mujer me ha escrito... ¡y qué carta, amigo mio! si sabe lo que pasa en mi alma, Clara al escribirme así, se eleva á una altura á la que jamás hubiera yo creído que pudiese llegar: si está ignorante de todo, es tambien admirable la mezcla de amor y de inocencia que respira.

Quiero creer esto último: que nada sabe: porque así está mi conciencia mas tranquila: oh, no! jamás me perdonaría el hacerla desgraciada. Sin embargo, antes de ir á su lado, quiero llevar completamente purificado mi corazon: quiero borrar todas las señales que puedan ilustrarla acerca de mi desgracia: y para eso, amigo mio, voy á pretestar un negocio, y pasaré quince dias en tu compañía.

La herida de mi alma subsiste abierta: lejos de Mélida, me parece que estoy solo sobre la tierra: veo, Octavio, el modo tierno é ingenioso con que apelas á mi generosidad invocando el

recuerdo de Clementina Lireux: tienes razon! qué no debo hacer, qué no haré yo por la honra de Mélida! todo, hasta morir, y te confieso que esto es hoy lo que mas fácil me parece!

De toda esta deshecha borrasca de mi alma, tiene la culpa lo miserable que es la sociedad, lo ruines y pequeñas que son todas las mujeres: en vano he buscado toda mi vida una á quien pudiese hacer el grandioso donativo de mi nombre, de mi honor y de mi fe: la mas bella era tambien la mas necia y mas superficial: la que me parecía grave y modesta, me asustaba con la sequedad de su corazon, con sus instintos profundamente calculistas.

A la vista de Mélida, una voz interior me gritó:

—Hé aquí lo que tú buscabas, hé aquí el ideal de la perfeccion en la mujer.

Alzé los ojos hasta ella, y en aquella cándida faz, en la que aun se descubria la inocencia de la niñez, ví el magnífico sello del talento, y el de las dulces y modestas virtudes que embellecen el hogar y la vida de la familia.

Cuando me he acercado á ella, ha crecido mi apasionada admiracion.

Yo, Octavio, soy un hombre grave, que no sabe alimentarse de quimeras: y he podido apreciar en Mélida la dignidad unida á la dulzura: la bondad mas angelical, la piedad mas sincera, el candor mas puro, unidos al mas exacto raciocinio: los mas elevados instintos jun-

to á la práctica de las mas humildes virtudes cristianas.

Todo esto, y esa vaga hermosura, ese encanto indecible de la mirada, de la sonrisa, de la sensibilidad, en fin, que se reparte y respira en todas sus facciones, es lo que me subyuga en Mérida: hay en mi pasión algo de egoísmo, porque este bello ideal de la mujer, convertido en realidad, quisiera que fuese mio: mucho de desesperación, porque pertenece para siempre á otro.

Y sin embargo, Octavio, no he prorrumpido en quejas impías contra el cielo, y adoro la voluntad de Dios, que me hiere al fin de mi camino; yo, que tanto bien he hecho en el mundo y que he sido tan mal pagado, no me quejo al ver destruidas todas mis esperanzas con esta cruel palabra:

—¡Imposible!

En fin, quiero curarme y me curaré: ¿qué no consigue una firme voluntad, cuando va encaminada á una cosa justa?

Clara, á la que profeso hoy un tierno cariño, puede inspirarme una gran pasión: ¿acaso se opone á esto el matrimonio? no! mi razón es sobrado luminosa para que yo pueda enamorarme solo de los imposibles: amo lo grande, lo bello, lo sublime, donde quiera que lo halle. Clara tiene diez y ocho años: yo voy á cumplir treinta: ¿no puedo aun hallar la dicha en el matrimonio?

Creo que romperé por todos los miramientos vulgares, y que diré á mi mujer, al volver á su lado:

—Héme aquí, amando á otra mujer que no eres tú; es decir; enfermo del alma: cúrame tú, amiga mía: ya que tienes talento, edúcate para mí y procura serme agradable para que te ame á tí sola: aseméjate á tu hermana: abdica toda idea miserable, sé noble, grande, paciente, resignada: depon toda la altivez, toda la envidia, toda la superficialidad que reina en las mujeres: cultiva tu talento para ser mi amigo, el compañero de mis viajes, el dulce sostén de mis pesares: yo, en cambio, te ofrezco mi amor entero, y en él hallarás todas las recompensas que merece tu sacrificio.—

¿Y por qué no le habia de hablar así, Octavio? no es esto mas noble que engañarla, teniendo como tiene talento, amándome como me ama? no es mas digno que sepa toda la verdad, que fingirle una tranquilidad desmentida por mi turbado sueño, por la palidez de mi semblante?

Dos sentimientos imperan hoy en mi alma y se dividen todo el tiempo que dedico á mis cabilaciones: con la carta de mi mujer entre las manos, me pregunto si sabrá mi amor á su hermana ó si lo ignorará.

Quisiera que lo hubiera adivinado, por que de este modo, además de ahorrarme la confesión que estoy casi decidido á hacerle, formaría de ella un concepto mucho mas elevado del que hasta ahora he tenido: en este caso, ¡qué sublime, tierna y cristiana es su carta! qué grande y generoso es el corazón que la ha dictado! para atraerme á ella, invoca su amor, y luego, con una candidez encantadora, me habla de un cuadro que está pintando.

—«Tu esposa, Camilo,—me dice,—tiene la obligación de no ser una mujer vulgar: yo quiero distinguirme en algo: he empezado un cuadro y he enviado á buscar á mi maestro para que lo examine: el pobre viejo ha quedado absorto y me ha abrazado con entusiasmo: dice que es magnífico, y que no pensaba que yo pudiera hacer una cosa tan buena.»

Mucha fuerza de voluntad, mucho valor se necesita para hablar así con el alma herida: no puedo creer que Clara lo tenga, y, por lo tanto, se me figura que lo ignora todo: sea como quiera, su carta ha sido un bálsamo que ha refrescado todas mis heridas: ¿cuánto puede una mujer tierna y generosa! qué encantadora es cuando verdaderamente ama! ¿querrás creer, Octavio, que tengo un gran deseo de ver su cuadro? será tan hermoso como ella supone?

¡Feliz yo, si he podido elevar, con el influjo de mi recuerdo, el alma de mi Clara, dándole las alas del genio, y abriéndole las puertas del trabajo, una de las mayores felicidades de la vida! al ménos, la mía no habrá sido estéril, y la iniciaré en una senda mas gloriosa, que las que recorren, consumidas de fastidio, las mujeres de su clase.

Mañana salgo para reunirme contigo: y luego, ó llamaré aquí á Clara, ó iré á su lado.

CAMILO.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

FANTASMA.

—Niña, tu cándida frente
toca ya la muerte helada,

y sin vida tu mirada
pierde luz, pierde fulgor:
yo soy el ángel bendito
que terminando tu duelo
vengo á conducirte al cielo:
¿quieres tú seguirme?—No.

—Allí, gozando delicias
que mi lábio no te nombra,
descansarás á la sombra
de las palmas de Sion:
allí, de una eterna aurora
divisarás los fulgores:
ven, y de Salem las flores
te darán su esencia.—No.

—¿Sientes dejar de este mundo
la fugaz dicha mentida?
¿sientes dejar de la vida
la incierta y vana ilusion?
¿En los días que pasaste
en ese valle de llanto,
te ha ofrecido algun encanto?
¿amas la existencia?—No.

—Angel, ¿pues por qué vacilas
si allí te espera la gloria
y una ventura ilusoria
son los placeres aquí?
¿qué dicha tan infinita
te liga niña á la tierra?
¿dónde aquí tu amor se encierra?
¿tienes una madre?—Sí.

—¡Oh! pues tambien, hija mia,
de una madre casta y pura
la dulcísima ternura
te aguarda amorosa allí:
la Virgen ama á las niñas
con dulce y amante anhelo,
ella te espera en el cielo:
¿quieres ya seguirme?—Ah! sí!

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL VELO BLANCO.

POR

MADAME DE BOISGONTIER.

(Conclusion.)

Paulina, que habia seguido toda esta escena con una mirada, sintió en el corazon un dolor agudo que le hizo palidecer: una intuicion rápida le mostró que sus desvaríos se desvanecian

como las ilusiones de un cerebro enfermo, y durante un segundo, esperimentó por su nueva amiga como un sentimiento de odio y de amargos celos.

—¿Conociais vos á Mr. Roger? preguntó en voz baja á Alicia, que se hallaba próxima á ella, así que el pintor se alejó.

—¡Es mi prometido! respondió Alicia con una hermosa mirada, límpida y dulce, que hizo huir repentinamente del corazon de Paulina los malos sentimientos que empezaban á germinar en él.

—Hace mucho tiempo? preguntó Paulina, no sin un poco de turbacion y de rubor.

—Hace dos años.

—¡Hace dos años! pensó Paulina: entonces, cuando yo tenia la locura, la puerilidad de extraviarme en toda clase de suposiciones y de proyectos, él era ya su prometido!

Por algunos instantes, Paulina guardó silencio, durante el cual la señorita Renaud se sintió oprimida sin poder adivinar la causa.

—Alicia, dijo al fin Paulina pensando que ella tenia algo que expiar para con la señorita Renaud; ¿quereis permitirme que os ofrezca para el dia de vuestro matrimonio aquel velo blanco, que debia haber sido de vuestra primera comunión y que mi madre arrebató á la vuestra?

—No hay mas puja? preguntó sonriéndose Mme. Renaud á Mme. de Mérande, que aprobaba la proposicion de su hija abrazándola con efusion.

—No hay mas, respondió Mme. de Mérande con una sonrisa en los lábios y á la vez una lágrima rebelde en los ojos.

Mme. de Mérande no habia podido menos de sentir la cruel decepcion que heria á su hija, y se reprochaba el haber quizá en los últimos tiempos entretenido y participado de su error.

V.

El delicioso velo de muselina cubrió la frente de la encantadora Alicia Renaud el dia de su matrimonio con Mr. Roger, que se efectuó de allí á un mes.

Añadamos que un año mas tarde, tuvo lugar otro matrimonio; era el del baron Edmé y de la señorita Paulina de Mérande, que habia vuelto para siempre del país de los sueños.

—Tomad, le dijo Alicia: tomad vuestro velo, amiga mia: os pertenece, porque encierra re-

cuerdos muy caros para vos: el de vuestra primera comunión, el del niño á quien habeis tenido en la fuente del bautismo, y, sobre todo, el de la noble accion de que debeis estar envanecida. ¡Oh, Paulina mia! vos sois mil veces mas bella que yo, y fácil os hubiera sido arrebatarme el corazon de Rojer, y, con él, toda mi ventura! pero no lo habeis querido y á vos os debo la dicha de toda mi vida!

—Yo debia pagar la deuda de mi madre, repuso sonriendo Paulina, y me creo dichosa con haberla satisfecho: Dios ha recompensado mi valor, porque yo amo á mi marido, y solo soñé que amaba á Roger: sí, admito ese velo blanco, que desde hoy será de las dos, Alicia: le guardaré en la caja de cedro: si Dios nos da hijas, cubrirá sus frentes el día de su primera comunión y el de sus bodas: y, al mostrárseles, les diremos, que no hay generosidad, por pequeña que sea, que Dios deje sin recompensa, y que aunque ostensiblemente no nos premie nuestros sacrificios, siempre nos deja sobradamente pagados con la satisfaccion y la tranquilidad de nuestra conciencia.

(Traducción).

María del Pilar Sinués de Marco.

PREFERENCIAS DE UN PADRE (1).

I.

En los últimos peldaños de una alta y angosta escalera, comienzo de un largo corredor donde se veían numeradas, como los nichos de un cementerio, las puertas de pobres y distintas habitaciones, hallábase sentada y sola una niña, al parecer de ocho á diez años, con el codo en la rodilla y en la abierta palma su pálida y hermosa frente.

Sus piés descalzos y su traje en extremo usado, denotaban su pobreza, como la angustia de su alma, las abundantes lágrimas que de sus ojos caían.

(1) Acaso los ilustrados lectores de EL ANGEL DEL HOGAR encuentren por demás sencillo y en extremo desaliñado el estilo de la presente novelita, mayormente si se compara con otras obras de la misma autora. Sin embargo, debe advertirse que fué escrita en cortísimo tiempo para llenar algunas páginas en una coleccion de artículos y poesías, dedicada á las sociedades corales de Cataluña, que, con el título de *Libro del obrero*, publicaron en Barcelona varios escritores en setiembre de 1862.

Daba luz al corredor una enrejada claraboya, por la que pasaban en aquel momento los postreros rayos del sol poniente, que, cayendo sobre la apenada criatura, prestaban á sus rubios cabellos visos dorados, esclareciendo su pálido y angelical semblante con una especie de aureola tan fantástica como bella.

Absorta la niña en su amargura, no se percibió de que, abriéndose una de las puertas, salía por ella un hombre que, al llegar á su lado, se detuvo contemplándola en silencio.

Era el que así la miraba, un anciano de sesenta á sesenta y cinco años, enjuto de carnes, de elevada talla y severas facciones, aunque había en su semblante tal espresion de tristeza y mansedumbre, que abría las puertas á la confianza, á pesar del extraordinario respeto que imponía. Su traje, aun cuando en extremo limpio, denotaba una modestísima posicion; levita y pantalon negros bastante raidos, chaleco del mismo color abrochado hasta el cuello, y un sombrero de anchas alas y en extremo usado, que, por tenerle entonces en la mano, dejaba descubiertos su respetable frente y blanquísimos cabellos.

—¡Pálida, rubia y casi de su edad! ¡oh! ¡cómo me la recuerda! murmuró el desconocido observando á la niña, á quien dijo al fin:

—¿Por qué lloras, hija? ¿se te ha roto algun juguete, ó no te lo quieren dar?

—¡Juguetes! respondió la niña levantando su frente: jamás los he tenido, y hasta un pajarito que entró un día por la ventana, y que yo quería mucho, me lo mató Jaime en un momento de enfado.

—¿Entonces, por qué lloras?

—Porque á la noche vendrán de la fábrica mis padres y Jaime, y la cena no estará lista.

—¿Te has entretenido en jugar?

—No señor, pero he perdido el dinero.

—¡Perdido! ¿y cómo?

La niña redobló su llanto, volvió hácia fuera el bolsillo de su delantal donde había una pequeña rotura y dijo entre sollozos:

—Cuatro reales.

—¡Válgame Dios! pero no llores, hija; los padres son siempre indulgentes con las faltas de sus hijos, y cuando sepan la verdad disculparán tu imprevision.

—Mis padres no me creerán por mas que diga.

—Segun eso, has mentido alguna vez?

—Nunca, pero á la menor falta se enojan,

castigándome sin escuchar mis excusas. ¡Oh! Dios mío, Dios mío, ¡qué va á ser de mí!

—¿Por qué, hija, por qué?

—Porque he perdido el dinero, además de ser una criatura que no sirvo para el trabajo, que estoy siempre enferma, siendo tan solo una boca mas para mi pobre familia. Harto conozco que les sobra razon para no quererme.

—No llores, hija, y dime cómo te llamas.

—Margarita Gifre, tengo once años y vivo aquí; y señaló la habitacion mas próxima.

—¡Margarita tambien como ella!... Vamos, tranquilízate, toma esta moneda que vale tanto como la que has perdido y compra la cena de tus padres y de ese Jaime que mató el pájaro y que debe ser malo.

—No, señor, mi hermano es bueno, aunque se enfada á veces y me golpea; pero padre dice que mas merezco, que soy una holgazana, que para nada sirvo.

—¿Y por qué no trabajas?

—Yo bien quisiera, pero no sé.

—¿Y juegas todo el día?

—Todo no; pero como quedo sola en casa, tengo miedo y me voy muchos ratos á la calle donde me entretengo con otras niñas.

—Mira, Margarita, repuso el desconocido poniéndose el sombrero: cuando hayas hecho las haciendas de tu casa, no te vayas á la calle, bájate á mi habitacion; es en el otro piso y la primera puerta; allí estarás con mi hermana, que, aun cuando anciana como yo, quiere mucho á los niños. ¿Irás, hija?

—¡Pues no! si sois tan bueno y caritativo... y la niña, al decir esto, besó arrodillada la mano que le entregaba la moneda.

—Alza, hija, alza: no debe uno arrodillarse sino ante Dios, díjole el anciano con alguna severidad, y levantándola con ambas manos prosiguió su camino.

Margarita bajó al mismo tiempo la escalera colmándole de bendiciones, saltando de alegría y echando por el aire la moneda que habia desvanecido todas sus amarguras.

Se continuará).

Maria Mendoza de Vives.

CRÓNICA DE PARÍS.

¿Ha leído Vd. el discurso de M. Dupin?

¿Ha visto Vd. á Abd-el-Kader?

Hé aquí las dos preguntas de moda; el tema de todas las conversaciones.

Hay quien dice que el calor con que en ciertos círculos femeninos se han discutido las palabras pronunciadas por el primero, han elevado el termómetro á los 35 grados que hemos sufrido algunos dias de este mes.

Y hay quien asegura que las interesadas dieron trégua á su furor, gracias á la intervencion de una gran parte del género masculino que les hizo ver el peligro en que ponian á París, hoy que el cólera amenaza á la Francia.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que la filípica de M. Dupin ha hecho ruido.

Y que Abd-el-Kader no ha echado de menos su pais.

Yo quisiera que M. Dupin tuviera ahora 25 años y se lanzara á buscar mujer en los Campos Elíseos, en el bosque de Bolonia, en la ópera, ó en los Bulevares.

Será ilusion; pero me parece que despues de las ruidosas palabras del diputado, encuentro por todas partes mayor número de mujeres y mas lujosas que antes, y creo distinguir en sus fisonomias cierta sonrisita que quiere decir: ¿sermoncitos á nosotras?

Periódicos hay que han calificado de *cataplasma inocente* el remedio propuesto por el orador contra el desenfreno del lujo.

Y sin embargo, la cuestion es grave.

Pero, ¿debe culparse á las mujeres de las consecuencias que lamenta M. Dupin?

¿Es el lujo causa ó efecto?

Si en vez de enseñar á las jóvenes frivolidades que casi para nada sirven, se las enseñara conocimientos prácticos; si en vez de educarlas para muñecas, se las educara para ser compañeras del hombre, ¿habria que lamentar tan tristes consecuencias?

¿Es acaso la mision de la mujer servir de espectáculo á los ojos, como el pavo real?

Amargo es pensarlo; pero el dia en que los comerciantes encuentren la manera de imprimir movimientos, y de hacer andar por calles y paseos á las mujeres depalo que esponen en sus escaparates, adornadas con las últimas exageraciones de la moda, trabajo le doy al mas pintado para distinguir las verdaderas de las falsas.

El honrado padre de familia, que vive de su trabajo ó de una renta módica, quiere, y á fuerza de sacrificios consigue, que su hija sea educada de la misma manera, buena ó mala, conveniente ó peligrosa, que el rico educa á la suya.

Este podrá mas adelante satisfacer los caprichos de su hija, mientras aquel quizá sea pobre el día en que la suya haya tomado el gusto á las costumbres de la millonaria.

¿No puede suceder, y desgraciadamente sucede con frecuencia, que la hija, acostumbrada á despreciar la vida práctica, sin amor al hogar doméstico, subyugada por el deseo ardiente de brillar, deslumbrada y humillada á la vez por sus antiguas compañeras de colegio, se lance á engrosar el ejército de esas desventuradas mujeres que arrastran á un tiempo por el lodo la seda y la vergüenza, el pudor y los encajes?

Desde las circasianas de Abd-el-Kader, pobres mujeres que no ven el sol, hasta la mujer que alquila un cuarto lejos del en que vive con su marido y sus hijos, para esconder en él los trajes y alhajas con que se adorna el día que se encuentra libre de su confiado esposo, hay un medio, ó mejor, muchos medios; y si no temiera entretenerme en terreno para mí vedado... pero olvidaba que estoy hablando con las lectoras de EL ANGEL DEL HOGAR, que han leído y releído los libros que la distinguida directora de este semanario ha dedicado á la educacion de la mujer, y ante cuyas hermosas páginas seria pálido y vulgar cuanto yo pudiera decir.

Con gusto hablaria á Vds. de los concursos que han tenido lugar en el Conservatorio durante la última semana, si algo de interesante hubiera pasado en ellos.

Los premios, al decir de los inteligentes, han sido con justicia distribuidos. Solamente en el concurso de tragedia el público demostró, de una manera ruidosa, su descontento, al oír que el Jurado confirió un *accesit* á un discípulo que, á juicio de los concurrentes, merecia un premio.

M. Adolfo Sax, famoso fabricante de instrumentos de bronce, ha formado una orquesta de mujeres para hacer vibrar sus serpentones. Curioso será ver á veinticinco ó treinta Evas abrazadas á otras tantas serpientes.

Abd-el-Kader está sirviendo, sin saberlo, de reclamo á los fotógrafos y directores de teatros.

Ultimamente ha asistido á la ópera, y á pesar de la galante invitacion del director, se negó, dícese que con gran sentimiento del cuerpo de baile, á visitar las regiones de telon adentro.

El buen Emir ha temido, y con fundamento, dejarse algunas ilusiones entre los mares de lienzo y las montañas de carton.

Dios sabe lo que los parisienses habrian hablado si Abd-el-Kader hubiera permanecido

cinco minutos entre los bastidores de la Opera.

Ha bastado que á un mal intencionado le haya ocurrido decir que bebe vino, para que todo el mundo tenga derecho de acusarle de ese pecadillo, recordándole los preceptos del Koran.

Algunos curiosos pretenden haber visto las dos hijas de Circasia á través de las persianas del coche en que *las sacan* alguna vez, y dicen que son encantadoras y *muy baratas*, si es cierto, como se asegura, que le han costado ocho mil francos cada una, y que la mayor tiene catorce años.

Un intérprete ha traducido al árabe el discurso de M. Dupin, y las bellas circasianas se han dormido oyéndolo leer.

Plegue á Dios que no os haya sucedido otro tanto, amables lectoras, antes de llegar aquí.

París 8 de agosto de 1865.

Jerónimo Lafuente.

REVISTA DE LA SEMANA.

Impresiones de viaje.—Salgo de Madrid.—Hablo por los codos.

—Un recuerdo á los campos.—Un amigo antiguo.—El añadido.—¡Era tarde!—Regreso á mis lares.—La despedida.

—Hola, amabilísimas lectoras, estoy á los pies de Vds... hasta luego... sí, sí, pronto vuelvo á Madrid á hacer la revista de ordenanza... ahora voy á la estacion de Atocha á despedir á unas amigas... ¿quieren Vds. venir? Ea, vamos, vamos, que es tarde y se va á marchar el tren... vengan Vds... aquí hay un coche, dos coches, tres coches... ¿eh? ¡cochero! vamos á la estacion del Mediodia, pero volando, hombre, que hay prisa!

Pues señor, celebro en el alma haber tenido el gusto de encontrar á Vds... ello es que así poquito á poco voy á convencerlas de las desventajas que ofrece por ahora el vivir en Madrid y... ¡vaya! se me está ocurriendo una idea feliz; vámonos á dar un paseo por España? ¡Caramba! Con qué placer las llevaria yo á Vds. á Biarritz, ó á San Juan de Luz, ó á San Juan á oscuras, ó á San Sebastian, ó á cualquiera otro santo de esos que ofrecen aguas que sirven para curar todos los males conocidos y unos pocos mas. Pero es el caso que Vds. y yo somos menores de edad y nos detendrian los guardias civiles en el camino como si fuéramos contrabando.

Lástima es que no podamos salir de la corte; dicen que es muy *cursi* quedarse aquí en el mes

de Agosto. ¡Pero, qué remedio! Quedémonos, y Cristo con todos.

Miren Vds. aquel edificio que se queda tambien, allí á la izquierda... es el teatro Rossini... parece una estacion de ferro-carril, verdad? Ese ha de ser nuestro centro de reunion todo este mes; ya verán Vds. qué óperas canta Tamberlik..., el gran Tamberlik! ¡Qué tenor! De él á Vicentelli hay la misma distancia que de lo alto de la torre de Santa Cruz al suelo. Y á propósito de artistas: ¿han visto Vds. á la Volpini? ¿Verdad que es muy bella? Verdad que canta muy bien? Ahí tienen Vds. una artista que, á pesar de los aplausos que recibe, y de su gran sueldo, y de todas las felicidades que la rodean, canta con *sentimiento*. Y precisamente esa es una de las cosas que mas le agradan al público.

Yo siento mucho haber sacado á Vds. de sus casillas, pero al mismo tiempo me alegro de que me acompañen á la estacion, porque así conocerán á las amigas á quienes voy á dar el último adios, por ahora. Una de ellas viste con mucha elegancia: es esclava del figurin de este periódico. Sigán Vds. su ejemplo, sobre todo en los peinados. ¡Qué bien les sienta á Vds. ese sistema, digámoslo así, de rizos y tirabuzones que van cayendo sobre la espalda y el cuello alabastrino! Al ver esos rizos, recuerdo aquello de

Que si hay Dánaes en el mundo

Hay pluvias de oro tambien.

O aquellos otros versos de Quintana:

Y á velar tus encantos vencedores

Bajen en crespas ondas tus cabellos.

Todo esto, suponiendo que el pelo no sea postizo, eh? Porque cuando sucede tal cosa, recuerdo lo que, segun asegura un poeta, decia una niña, esto es, que el cabello que lucia era porque el peluquero no se lo daba de balde.

No hace muchos días que un amigo mío tuvo la feliz ocurrencia de subir al paseo de la Castellana, llevando en la mano un trozo de pelo, una de esas cosas á las que creo que llaman ustedes *añadido*; parecia que acababa de encontrárselo en el suelo; y observó, con no poca risa, que cuantas mujeres pasaban por su lado, se suyo, llevaban repetidamente la mano á la cabeza.

No es extraño que el pelo postizo haya subido de precio de algun tiempo á esta parte.

Siento que se incomoden Vds. oyéndome decir tales cosas, pero... de algo habíamos de hablar, y no sucede nada, luego hay que inventar algo.

¡Calle! ¿quién es aquel ciudadano que viene

por ahí? ¡Ah! ya, ya, es el amigo Arderius... ¡cochero! pare V. un momento... con permiso de Vds. voy á saludar... hola, señor Arderius... ¿cómo va? ¿Qué tal ha ido en Paris? ¡Bien, eh? ¡Es claro! ¡si no podia por menos!... celebro que los franceses hayan sido tan amables y tan justos! Ea, adios, bien venido, voy ahí á despedir á unas señoras... ¡Ande V., cochero! ¿Ven ustedes cómo las zarzuelas españolas van dando su resultado? Arderius y su compañía cómico-lirica, han dado veintidos funciones en el teatro de *Varietés*, y han sido muy bien recibidos por el público parisiense y por la prensa del vecino imperio. Yo me alegro... ¿Vds. tambien se alegran? ¡Bravísimo! ¡Todos nos alegramos!

Ea, ya estamos en la estacion. ¿A qué hora sale el tren de Valencia? ¡Qué! ¿qué dice usted, hombre? ¡Se ha marchado ya! ¡Qué horror! ¡Nos hemos lucido! Esto me sucede siempre... yo debiera llamarme de apellido Tardío... es una fatalidad! Señoras mías, pido á Vds. mil perdones por haberlas molestado, pero estos coches no andan... y además, me he detenido... ¡caramba! Volvémonos á Madrid... y una vez allí, cada uno á su casa.

.

Con que, estoy á las órdenes de Vds... ahora tengo que ir á mi casa, y hacer la Revista de la semana, pero el retraso del coche me ha puesto de un humor endemoniado, y además, no hay noticias que dar, y... en fin, figúrense ustedes que todo lo que hemos hablado por el camino está impreso en las columnas de EL ANGEL DEL HOGAR, y así me ahorrarán el trabajo de emborronar cuartillas, que no tendrán interés ninguno. Todos vivimos de ilusiones; hagámonos, pues, la ilusion, de que esto ha sido una *Revista*.

Con lo cual, y con ofrecerles mis respetos y encargarles que no me olviden, y que den un beso á los chiquitines y un bizcochito al perro, me despido hasta otro día, y he dicho.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Trajes de estacion de baños.

Figura 1.^a—Vestido de foulard compuesto de dos telas.



Falda á listas anchas, azul celeste y gris plata, cortada al borde en ondas agudas, orilladas por una trenquilla bastante ancha: sobre esta, otra falda de foulard gris algo mas oscuro, que llega solo á los costados y se redondea formando larga cola: esta segunda falda está igualmente bordeada de ondas ribeteadas por trenquilla.

Cuerpo Fígaro gris, como la segunda falda: las mangas son rayadas, y llevan una hombrerita gris con ondas.

Cuerpo interior de muselina blanca, sujeto con cintura suiza de la que caen por detrás dos anchas bandas ondeadas: de este cuerpo vuelven cuello y solapas guarnecidos uno y otras de un valenciennes estrecho.

Gorra escocesa de paja belga, guarnecida de terciopelo azul Méjico, y por detrás de lazadas de cinta estrecha que descienden en largos cabos: delante, pluma azul rizada.

Aconsejamos este lindo traje á las señoras jóvenes, sobre todo para pasear en carruaje, por su excesiva largura: es muy lindo tambien para recibir y para convite, suprimiendo la gorra.

Si se prefiere hacerlo de tela de lana clara, como linós, mozambique ó mohair, en vez de foulard, se puede hacer, y su efecto será igualmente lindo, pudiendo prestar mas servicios que de foulard, pues siendo esta tela de seda, sus matices son mas delicados.

Figura 2.^a—Niña de diez años: falda de alpaca blanca, con dibujo tunecino punzó: en la parte inferior, está adornada por una ancha tira de merino punzó.

Cintura ancha de glase punzó, flotante.

Cuerpo interior de muselina con cuellecito y puños lisos.

Chaqueta holgada de merino punzó con cuello y solapas, cerrada con botones de nácar blancos, de hechura cuadrada.

Gorra de paja de arroz, adornada de terciopelo punzó y plumas de igual color, sostenidas por un dije de nácar.

Botas rusas altas, negras, con borlas.

Este traje es lindísimo para niñas desde los seis á los doce años: sobre todo, la chaqueta floja es de gran comodidad en la temperatura fresca que reina en las poblaciones cercanas al mar.

Figura 3.^a—Traje que se compone de una primera falda de linós blanco, adornada por un volante al borde á tablas, orillado de linós mal-

va: á este sirve de pié un bias malva bordado á picos pequeñitos con soutache color de paja; sobre este, otros tres bieses bordados del mismo modo.

Segunda falda de linós malva, bordeada de un cordon color de paja de lana fina; esta falda se levanta á ambos lados por medio de broches de paja con colgantes.

Cuerpo interior de muselina.

Paletot muy corto de tela de lana fina, blanca con rayitas negras muy finas tambien, adornado en los bolsillos y parte inferior de las mangas con cordones de seda blancos y negros que rematan en borlas: este paletot lleva una capucha adornada de cordon de seda, que se enlaza con cordones y borlas en el pecho.

Guantes de Suecia.

Sombrero de paja de Italia, de bordes vueltos y muy bajos detrás y delante: sobre la frente, lazadas de terciopelo negro, mezcladas con espigas y plumas de pavo real: velo de crespon blanco flotante.

Nada mas lindo que este atavio podemos recomendar á las señoritas: todo lo que entra en su confeccion tiene muy escaso coste: y todo es de la mas perfecta novedad: se habrá advertido que todos nuestros trajes de verano son en extremo sencillos, y frescos, y que son accesibles á las fortunas mas modestas.

Y sin embargo, mucho lujo vemos en las estaciones de baños: cada dia la moda ostenta mas costosos caprichos, y el contrarrestarlos es la parte mas árdua de la mision que nos hemos impuesto.

Tratamos de buscarlos, lectoras mías, lo que pueda haceros tan bellas y tan elegantes como á las demás, con el menor gasto posible, pues sabemos que hay pocas familias colosalmente ricas y que lo que mas abunda, son las fortunas modestas.

Imitad con fiadamente nuestros modelos, los mas fáciles de copiar, los mas lindos, mas poéticos, y menos recargados que hemos visto, y estad seguras de que esos trajes os harán encantadoras y podreis alternar en todos los círculos, y aun con mucha ventaja, entre el lujo mas ostentoso.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



Mariton
657

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

publié par la Société des Journaux de Modes réunis

Où s'abonne au Bureau, rue St' Anne, 64, à Paris.

Ayuntamiento de Madrid